

DOMINGO SEXTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos, 15, 1-2.22-29): *Haréis bien en apartaros de todo eso.*

Salmo (66, 2-3.5-6.8): *«Oh, Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben»*

2ª lectura (Apocalipsis, 21, 10-14.22-23): *La ciudad santa que descendía del cielo.*

Evangelio (Juan 14, 23-29): *El que me ama guardará mi palabra.*

Conocemos la agri dulce sensación de ver que alguien se va para mejorar su situación, aumentar sus conocimientos, aprovechar una buena oportunidad laboral, incluso para casarse y formar un nuevo hogar. Nos da gusto y nos alegramos por esa persona, porque de alguna manera va a mejorar o a cumplir su vocación en la vida, pero queda el resabio amargo de la despedida, de la distancia, de la separación.

¿Será verdaderamente posible alegrarse por la partida de alguien a quien se ama? Jesús no titubea al decirlo: **«Si me amaran, se alegrarían de que me vaya al Padre»**. No podríamos alegrarnos de tu partida si antes no nos hubieses asegurado que tu Padre y tú, y el Espíritu de ambos, harían en nosotros su morada.

Antes estabas con tus discípulos, te veían y tocaban, te escuchaban y te sentían cerca, compartían contigo sus alimentos. No nos alegra que te vayas; nos alegra que, yéndote, de algún modo, te quedes de una nueva manera en lo más íntimo de cada uno de los creyentes. Nos alegra porque ya no solo habitas “entre nosotros”, sino “en nosotros”. Ahora, tu existencia resucitada ha roto todos los límites y te permite vivir en cada uno de los que te amamos y, amándote nos esforzamos en ir cumpliendo tu palabra.

Es con la certeza de esa presencia divina en nuestras vidas: **«Haremos en él nuestra morada»**, con la certeza de que somos morada de Dios, con la certeza de que el Espíritu nos va enseñando y recordando todo cuanto Jesús nos dijo, es con esa certeza con la que podemos animarnos unos a otros a vivir como hoy nos exhortas a hacerlo: **«No pierdan la paz ni se acobarden»**.

Hermanos, no somos huéspedes en la casa de la Iglesia, esa a la que a veces equivocadamente llamamos “*casa de Dios*”. ¡Nosotros somos la casa de Dios! Es en nosotros en donde habitan el Padre, el Hijo y el Espíritu de Amor. La divina presencia nos acompaña en todas partes. Dios habita en cada bautizado y hace de él su morada para siempre.

No perdamos la paz ni siquiera cuando algunos de entre nosotros nos alarmen y nos inquieten, como bien advirtieron los apóstoles a las primeras comunidades. Hay causas de esa inquietud que nos llegan desde fuera, pero también hay otras, más nocivas a veces, por ser más sutiles, que brotan desde dentro, de dentro de la comunidad o de dentro del mismo creyente: **«Nos hemos enterado de que algunos de entre nosotros os han alarmado...»**. En esas circunstancias busquemos la voz interior del Espíritu y escuchémosla con atención. El Señor es nuestra paz. Él es nuestra fortaleza.

Nuestras vidas están trabadas por palabras. Ellas dicen lo que las cosas significan, confiriendo sentido a la realidad. La palabra es poderosa, y por eso Juan al comenzar su evangelio llama Palabra al Hijo de Dios. Jesús es la acción más poderosa y amorosa de Dios sobre el mundo, la que le confirió su sentido primero y último. Hoy Juan también habla de las palabras de Jesús, de lo que él decía como Palabra de Dios. Nosotros somos los destinatarios de estas preciosas palabras: ¿Qué hacemos con ellas? ¿Para qué las usamos? ¿Cómo las guardamos? En ello nos la jugamos como cristianos.

Vivimos en tiempos convulsos para la experiencia religiosa: cuestionada y puesta en evidencia; hasta su carácter humanizador está en entredicho. Ante ello se levantan muchas veces en la Iglesia las voces de una “*religiosidad a la defensiva*”, donde las palabras de Jesús sirven para protegerse de los ataques de fuera y para distinguirse hacia dentro. Pero tomar la palabra cristiana como un mero signo de identidad “*a la defensiva*” la convierte, como ocurría en las primeras comunidades, en una nueva Ley, que separa a los auténticos cristianos de quienes no lo son.

En el polo opuesto, en cierta medida, se da la actitud religiosa que no da ningún otro uso a las palabras evangélicas que aquel que poseen para la experiencia interior del creyente. Las palabras de Jesús confortan la vida del cristiano, elevan su espíritu y lo llevan a Dios, para reconocer su gloria, como cuenta el Apocalipsis. El hombre y la mujer de fe saborean la Palabra de Dios, y así rinden culto. Pero este uso espiritual de las palabras de Jesús se puede quedar encerrado en sí mismo o recluso en el Templo: una “*religiosidad del confort*”.

El poder transformador de las palabras de Jesús no puede recluirse, sino que se abre al cambio de la realidad según el proyecto de Dios. Las palabras cristianas hablan de valores como la generosidad, la solidaridad o la paz y, sin embargo, si se usan para acomodarse a ellos, el creyente de una religiosidad que “*queda bien*” con la mentalidad actual puede olvidar el origen y la meta de las palabras de Jesús, pues Él no da la paz como la da el Mundo.

Jesús, en el evangelio de hoy, nos invita a que guardemos sus palabras, pero no para defendernos, ni para estar confortables, ni tampoco para acomodarnos en buenos valores, sino para hacer sitio a Dios en nuestras vidas, para que él more en nosotros y así poco a poco, transformándonos a nosotros mismos, seamos la voz de sus palabras.